

Desconexión

Jose Antonio Nieto Morales



Capítulo 1

El almuerzo

Este es el peor almuerzo que recuerdo, ha sido un auténtico desastre. La sopa ha embadurnado toda la mesa que tenemos en la cocina. Carmen ha golpeado el vaso de agua con la mano derecha, y este se ha caído al suelo y se ha hecho añicos por toda la estancia. Y si todo esto no fuera poco, cuando he conseguido meterle un trozo de pollo en la boca, y después de que Carmen lo masticara en numerosas ocasiones, no se le ha ocurrido otra cosa que escupírmelo en toda la cara. Imaginaos, el pollo bien triturado, como pasado por la batidora. Pues sí, ahora ese pollo está desparramado en mi cara, y llevo limpiándome pequeños trozos de carne un buen rato. Aunque parezca que estoy describiendo los problemas de dar a comer a un bebé o a un niño pequeño, por desgracia no se trata de eso. En este caso estoy relatando cómo ha sido dar el almuerzo a mi mujer de treinta y seis años, Carmen. Ahora tengo que ingeniármelas para conseguir que se coma el postre y que se tome tres píldoras de escitalopram, y como veo que esta tarde está alterada, también le daré unos cuantos lorazepam. Si todo va bien, dormirá una buena siesta y tendré la posibilidad de hacer lo que quiera. Creo que después del día que llevo me lo merezco.

Capítulo 2

Ingreso

Vamos dirección al psiquiátrico de la ciudad. Esta mañana Carmen está bastante tranquila, parece relajada. Es como si supiera que ingresarla en el psiquiátrico es lo mejor, pero, claro, para eso tienen que aprobarlo desde el centro médico. Llevamos un año de revisiones con psiquiatras, esperando este día. Hoy, si todo sale como espero, Carmen podrá ser atendida por profesionales las veinticuatro horas del día. Ante la pregunta de si la extrañaré, la respuesta es por supuesto, y más teniendo en cuenta que es mi mujer.

La habitación donde espero al doctor es muy sencilla. Una mesa llena de papeles, bien ordenados; un monitor bastante antiguo, con un blanco amarilleado por el tiempo; las paredes de la habitación blancas, llenas de pósteres que dan consejos de salud, sobre todo para evitar el estrés y la ansiedad: «no tomes café», «relativiza los problemas».

Miro a Carmen. Lleva cinco años con la misma mirada, perdida, sin atisbo de cordura.

Todo comenzó cuando quisimos ser padres. Lo estuvimos intentando durante mucho tiempo, pero el milagro de la vida no se producía. No conseguíamos embarazarnos.

Probamos con multitud de tratamientos de fertilidad y también lo intentamos numerosas veces mediante la inseminación artificial, pero el sueño de ser padres se nos estaba negando.

Nos hicimos análisis para ver de dónde provenía el problema. Yo me negaba en rotundo, pero Carmen insistía constantemente. Estaba obsesionada con ser madre y quería saber el motivo que impedía tener descendencia.

El problema era de ella. Sin entrar en detalles, Carmen no podía concebir a un hijo.

La obsesión fue a más, la relación se torció y no había otro tema del que hablar, sino la imposibilidad de Carmen de quedarse embarazada. Comenzó a investigar por Internet y nos gastamos una fortuna en tratamientos milagro, pero, como era de esperar, ninguno funcionó. Rehipotecamos la casa para seguir intentando terapias alternativas, todo iba a peor.

Un día comenzó a obsesionarse con que la iba a dejar porque no podía ser madre, y repetía la frase constantemente mientras tenía la mirada

perdida.

Dejó de comer, dejó de salir. Cada vez repetía más la frase «me dejarás porque no puedo ser madre, me dejarás porque no puedo ser madre». Fue a partir de este momento cuando Carmen comenzó a perder totalmente la cabeza. Aún a día de hoy, en crisis nerviosas repite con frecuencia esta frase.

Mi vida cambió completamente. Intenté buscar solución a su estado mental: numerosos psiquiatras, opiniones de diferentes psicólogos, antidepresivos, ansiolíticos. Todo inútil, y ella cada vez a peor. Y así hasta el día de hoy, por lo que consideré como única solución ingresarla en un psiquiátrico de por vida.

—Carmen, aquí vas a estar mejor, te lo aseguro.

Le digo esto mientras acerco mi mano para tocarle el hombro, justo antes de que mis dedos hagan contacto con su cuerpo. Carmen se revuelve de la silla de ruedas, evitando que pueda rozarla, y de forma inmediata comienza a gritar pidiendo ayuda. Intento calmarla, «¡tranquila, Carmen! ¡Todo va bien!», pero es imposible. Carmen sacude su cuerpo moviendo la silla de ruedas. La agarro para que pare, pero lo único que consigo es que grite aún con mayor desesperación cuando la sujeto por los brazos. En ese momento entra el doctor, que al ver la escena llama a una de sus compañeras. Entre los dos doctores consiguieron remitir el ataque de Carmen. Bueno, entre los dos doctores y una buena inyección que ya me gustaría tener a mí en momentos como este, sobre todo cuando estoy solo con ella en mi casa.

—Su mujer no cumple con las condiciones para internarla de forma permanente —me dice el doctor mientras manosea un bolígrafo.

¿Es cierto lo que estoy escuchando? Me está diciendo que no. El doctor me está informando que no van a ingresar a Carmen. No me lo puedo creer.

—¿Pero se está dando usted cuenta de lo que me está diciendo? Acaba de ser testigo de un ataque ahora mismo —le digo estupefacto, abriendo los ojos y aguantando mis ganas de golpear la mesa del doctor con el puño.

—Señor Martínez, los recursos con los que contamos son limitados. Hay muchísimos enfermos que solicitan internarse en un centro psiquiátrico y no tenemos capacidad de atender a todos de forma adecuada —esta vez pasó a atusarse un horrible bigote canoso. El doctor hablaba con prepotencia, como si controlara perfectamente a todos y cada uno de los pacientes. Me gustaría verlo yo sin esas inyecciones milagrosas.

—No lo entiendo, mi mujer necesita atención constante —dije agachando

la cabeza. Una parte de mí sabía que el partido estaba perdido.

—Señor Martínez, aunque ingresar a su mujer a día de hoy es inviable, sí es bien cierto que en los análisis y pruebas efectuadas por el equipo médico han detectado ciertas anomalías que nos han inquietado bastante —sus ojos se clavaron en mí con cierta inteligencia, había algo más en aquellas palabras que pronunciaba.

—Claro que han encontrado anomalías, mi mujer no está bien —le espeté con indignación.

—No, pero no me refiero a anomalías psicológicas, sino a anomalías físicas. Muestra bastantes hematomas en todo su cuerpo, así como cortes en los brazos y piernas —mientras hablaba sacaba fotografías de una carpeta y las echaba en la mesa como si fueran cromos de futbolistas que intercambian los niños. En sus movimientos y palabras se detectaba cierto desdén. Aunque estuviera hablando de una enferma, tenía la sensación de que para él solamente era una chalada más del montón.

Miré las fotografías. Todos esos hematomas los conocía perfectamente.

—Claro que es una anomalía en mi mujer. Esos hematomas se los hace ella misma. Ya le acabo de decir que hay que estar pendiente de ella durante veinticuatro horas porque es capaz de infligirse daño —dije señalando las fotografías.

—Entiendo. Pondremos solución a la situación que me traslada. Aumentaremos la dosis del tratamiento que actualmente está tomando y añadiremos un nuevo fármaco —mientras hablaba, recogía las fotografías de la mesa y las volvía a guardar en la carpeta.

Carmen está durmiendo en su silla de ruedas, vamos de vuelta a casa. La mañana no ha salido como esperábamos. Necesito desconectar, no sé cuánto tiempo le durará la inyección.

Capítulo 3

Mal día

La inyección le ha durado tan solo un par de horas más, y tiene una crisis con la frase de los cojones: «Me dejarás porque no puedo ser madre, me dejarás...». La repite constantemente mientras balancea el cuerpo hacia delante y hacia atrás. No se quiere tomar la medicación ni quiere comer. Estoy desesperado. Ha tirado la mesa auxiliar que tengo puesta al lado de la silla de ruedas, esparciendo todas las pastillas por el suelo. Ahora me tocará recogerlo todo, ¿a quién sino? Sigue repitiendo la dichosa frase: «Me dejarás porque no puedo ser madre, me dejarás porque no...». Hoy será un día de los malos.

Capítulo 4

Desconexión

Carmen está dormida y eso me ha permitido tomarme media botella de güisqui. Podría tomarme una de las píldoras de Carmen para relajarme, pero prefiero el licor. He de decir que el nuevo fármaco que está tomando Carmen funciona a las mil maravillas, aunque sigo pensando que lo más eficaz son las inyecciones que le ponen cuando la llevo al hospital con una crisis. Tengo que hacerme con esas inyecciones o algo similar.

Carmen no tiene familia, los padres murieron en un accidente de tráfico, es hija única, y todos nuestros amigos nos dieron de lado cuando mi mujer empezó a enloquecer, nadie quiere relacionarse con gente con problemas mentales, nos da miedo. El caso es que estamos solos.

Siempre he tenido la sensación que nunca he sido lo suficientemente bueno para Carmen, todos sus amigos ganaban más dinero que yo, tenían mejores temas de conversación ¡qué me importa a mí el puto cine francés! ¿y ahora qué? El inútil es el único que quiere cuidarte.

Doy un puñetazo a la botella de licor reventándola sobre la pared.

Me levanto y me dirijo a la habitación de Carmen, y me coloco en el marco de la puerta sin llegar a entrar en el dormitorio. Carmen está durmiendo plácidamente.

Ahora me siento culpable, pero realmente no es culpa mía. La responsabilidad la tienen esos psiquiatras desgraciados que no la internan. Está claro que no es mi culpa; no puedo evitar esta horrible tentación. Si Carmen estuviera internada en el psiquiátrico, no le haría nada y yo no estaría tan desquiciado como estoy. Pero he de hacerlo, es la única forma de desconectar completamente.

—Carmen, cariño, despierta —la llamo con delicadeza.

No despierta. Me acerco por el lado derecho de la cama y me pongo de cuclillas, dejando mi cara a la altura de la suya. Pongo mi mano en su cabeza y le doy pequeños golpes para despertarla.

—Carmen, preciosa, despierta.

Carmen finalmente abre los ojos. Al percibir la cercanía de mi cara se asusta, lo noto en su expresión.

—Corazón, es la hora, es el momento de hacer lo que yo quiera.

Al escuchar esas palabras, Carmen comienza a gritar y a revolverse en la cama. El cuerpo entero se retuerce de pánico y yo rápidamente le tapo la boca con mi mano.

—Amor, no grites. No querrás que los vecinos te escuchen, ¿verdad? —le hablo con voz melodiosa. En ese momento tengo cargo de conciencia, pero prosigo con lo que quiero hacer.

Le tapo la boca con cinta aislante, y le ato los brazos al cabecero de la cama y, con una buena cuerda, los pies a las patas de la cama. Cada vez lo hago más rápido. Estoy cogiendo soltura en esto de inmovilizar a mi mujer a la cama.

Me dirijo hacia el armario del dormitorio, donde guardo mis juguetes. Con los juguetes en las manos me dirijo a mi mujer. Sus ojos no parpadean. Ya sabe lo que ahora viene, está acostumbrada. La culpabilidad y el cargo de conciencia han desaparecido por completo. Ahora es el momento, el momento de hacer lo que yo quiera.

Capítulo 5

Sigue siendo mi mujer

Mientras observo atentamente cómo giro un huevo con la punta de los dedos, pienso en la similitud de la mente humana con el huevo. Podríamos decir que la cordura tiene una fragilidad muy parecida: a la vista parece sólida, dura, pero a la mínima que la golpeamos... «En ese momento golpea el huevo contra el borde de un vaso, quedando el huevo hundido, pero no terminando de casarse». ¡Vaya! A veces hace falta algo más que un golpe para quebrar también la mente humana, muchas pastillas, torturas, cortes... «Mientras decía cada una de esas palabras golpeaba el huevo con fuerza contra el vaso, quedando todo el huevo destrozado, desparramado por la encimera. El vaso, por su parte, salió rodando y chocó contra un tostador que había a la derecha. Jadeaba mientras se apoyaba con ambas manos llenas de clara de huevo sobre la encimera».

Hace cinco años éramos un matrimonio feliz. Nos queríamos, todo iba bien, teníamos proyectos de futuro, nos acabábamos de comprar una casa, ¡queríamos formar una familia! Pero ahora todo es muy diferente, todo ha cambiado. Carmen es otra, yo soy otro. Hago cosas que nunca me imaginaría que pudiera hacer, ¡y todo por esta mierda de fragilidad! ¡Todo por la obsesión de Carmen de formar una familia! ¡yo no soy el culpable de lo que hago! ¡La culpa la tiene Carmen y su obsesión por tener hijos! ¡La culpa la tienen los médicos, que no la ingresan en el psiquiátrico! ¡Ellos son los que lo provocan, son los que me hacen hacer a Carmen cosas que no quiero!

Aún recuerdo la primera vez que le hice lo que yo quería. Ella estaba sumida en una profunda depresión, pero en ese momento aún hablaba, en ese momento aún era Carmen. Yo quería ayudarla, y encontré por Internet unas pastillas que le vendrían bien. Los tratamientos de los psiquiatras no le estaban haciendo nada. También hice otras cosas para calmarla, cosas que me relajaban.

Fue en ese momento cuando comencé a hacerle lo que yo quería.

Aunque parezca mentira, lo hacía por los dos. Yo me desahogaba, y ella, bueno, ella empezó a dejar de ser ella. Desde mi punto de vista, desde que Carmen dejó de ser la Carmen que yo conocía, sufre menos, al menos psicológicamente hablando. Sé que le hago daño, pero en mí nace una tentación imposible de paliar, y si hago sufrir a Carmen, no es por mi culpa, ¡claro que no! La responsabilidad es de los malditos médicos. Si Carmen no estuviera aquí conmigo, no tendría que hacerle las cosas que

le hago.

No tendría que hacerle lo que yo quiera.

Capítulo 6

La sobremesa

Acabo de volver de la farmacia. Ha sido un paseo muy agradable, hemos aprovechado el día soleado que hace para salir. Carmen, por su parte, ha ido bastante tranquila en la silla de ruedas.

Hemos parado en un parque. Le he dado a Carmen un zumo de melocotón y se lo ha bebido completamente. Está de buen humor, e incluso la he visto sonreír mientras observaba cómo jugaban los niños.

Ahora la he dejado viendo la tele. Da igual lo que le ponga; tiene la mirada perdida, una mirada que nada tiene que ver con la que tenía hace unas horas, cuando observaba a los niños jugar en el parque. Esa mirada, la del parque, era la de la Carmen que conocí, una mujer optimista, alegre, una mujer feliz. Esos momentos que tiene de tranquilidad y sosiego es lo poco que me hace recordar a la Carmen de la que me enamoré.

Ayer me llegó heroína que compré en Internet. Es sorprendente la facilidad con la que puedes comprar cualquier tipo de droga en la red. Tengo claro que nunca podré disponer de las inyecciones que usan los médicos para calmar a Carmen, pero la heroína puede ser una buena alternativa.

Vamos a darle de comer. Hoy toca crema de verdura y filete de pavo.

Sorprendentemente ha ido sin problemas, y se ha tomado toda la crema y la carne. No suele haber muchas ocasiones como esta, es el momento de tomar las pastillas. Creo que voy a probar la medicación mía, vamos a ver cómo le sienta la heroína.

Me he informado bastante bien de cómo prepararla. Primero echo la heroína en polvo sobre una cuchara y la mezclo con un poco de agua. Voy a echarle también algunas gotas de limón, y con el mechero le aplico calor. Hay que esperar unos instantes para que facilite su disolución. ¡Perfecto, ya está! Cojo un trozo de algodón y lo coloco bien para cribar las impurezas. Listo, la inyección ya está preparada. Me coloco la jeringuilla entre los dedos, lista para suministrársela a Carmen.

—¡Cariño! Es la hora de hacer lo que yo quiera.

Dice mientras se levanta de la silla y se dirige sonriendo hacia el salón, donde Carmen, con la mirada perdida, empieza a sentir pánico al escuchar esas palabras.

Capítulo 7

La medicación

—Cariño, esta inyección te vendrá estupendamente.

Carmen tiene pegada su espalda al respaldo de la silla de ruedas y está repitiendo «no» constantemente.

—Cariño, si no permites que te ponga la medicación por las buenas me vas a obligar a que te la ponga por las malas, y los dos sabemos que eso no es muy agradable —mi tono de voz era suave, semejante a cuando intentamos dar el Dalsy a un niño pequeño.

En ese momento Carmen da un manotazo y tira la jeringa llena de heroína por el suelo. Al ser de plástico, solo la aguja es la que se dobla.

—¿¡Qué mierda haces!? ¿¡No te das cuenta de que es por tu puto bien!?
—mi voz sube de tono, eliminando cualquier musicalidad.

De forma inesperada, Carmen se levanta de la silla de ruedas y, dando pasos torpes, se dirige hacia la cocina.

Yo aprieto los puños de rabia.

—¿¡Dónde cojones vas, tarada de mierda!? —le grito.

Estoy cabreado. Hoy estaba siendo un buen día, pero se está empezando a torcer. Recojo la jeringuilla y enderezo la aguja con los dedos, y me dirijo con firmeza a la cocina, pero lo que me encuentro me deja impactado.

—Carmen, suelta el cuchillo —ella agarra con firmeza un cuchillo mientras apoya su espalda en el fregadero. Tiene la cara desfigurada. Con la otra mano se agarra con fuerza el jersey, estirando el tejido y deformando el dibujo de un oso bordado.

Es la primera vez que mi mujer se está encarando, no me lo puedo creer.

—No más, no más, no más, no más... —repite insistentemente.

—Carmen, mi vida, suelta el cuchillo. Estás teniendo una crisis, nada más. Es otra de las malditas crisis que tenemos que parar con la medicación —vuelvo a tener un tono amable, melodioso, e intento ser lo más condescendiente posible.

Parece que lo ha entendido. Carmen baja el brazo pero no deja de mirarme fijamente. Se suelta el jersey, y ahora se echa a llorar de forma desconsolada.

Me da pena. Es mi esposa y lo está pasando mal. Ahora más que nunca necesita la inyección que le tenía preparada. Me acerco y la abrazo con fuerza.

—Carmen, mi amor, sabes que te quiero, esto es igual de duro para mí —le digo mientras la abrazo.

Ella llora desconsolada sobre mi hombro. Noto cómo las lágrimas traspasan mi camiseta y hacen contacto sobre mi piel. Levanto el brazo con cuya mano sujeto la jeringa, y con la otra mano le remango la manga del jersey. Voy a medicarla, voy a curarla.

Sin esperarlo, de forma inmediata noté cómo algo frío penetraba en mi espalda y un instante después sentí gran dolor. En ese momento la miré a los ojos, que rebosaban rabia, ira. Acababa de clavarme el cuchillo en la espalda.

Solté a Carmen y di unos pasos hacia atrás, tirando la jeringa al suelo. El dolor hacía imposible mantenerme erguido. Me incliné hacia delante. Un hilo de sangre recorrió toda mi espalda hasta el hombro, goteando de forma constante sobre el suelo.

—Carmen, ¿qué me has hecho? —le dije mientras me retorecía de dolor.

Carmen se agacha y recoge la jeringa del suelo. Yo la miro y sigo encorvado, con el cuchillo clavado en mi espalda. La sangre sigue chorreando hacia el suelo, se está formando un charco en el sitio donde me encuentro.

—¿Qué vas a hacer ahora, Carmen? —mi voz suena rasgada. Por cada palabra que sale de mi boca siento una punzada que me recorre todo el cuerpo.

Carmen se me acerca con la jeringa entre su mano.

—No más, no más, no más...

Sigue repitiendo la frase constantemente. Sus ojos están clavados en mí. Viene decidida a inyectarme la heroína. Yo retrocedo todo lo que me permite el dolor, dando pequeños pasos hacia atrás. Intento levantar la espalda pero, al levantarme, un calambre me hace volver a la postura que tenía, encorvando de nuevo mi espalda, mirando hacia el suelo. Siento cómo la camiseta está empapada de sangre, pegándoseme en la espalda. Carmen está al lado, con la jeringa en alto. Sorprendentemente, con la

mano que le queda libre me agarra el cuchillo que aún sigue clavado y me lo saca. Al tirar de él con fuerza, se dibuja en el aire un arco de sangre que sigue la trayectoria del cuchillo. El dolor es inaguantable. Caigo de bruces al suelo y se me mancha la cara de sangre, ya que fui a parar directamente en el charco que se había formado en el suelo. Me quedo ahí retorciéndome de dolor y, mientras tanto, Carmen levanta hacia el cielo la mano con la cual sujeta firmemente el cuchillo, preparándose para volver a acuchillarme.

Miraba expectante cómo Carmen cargaba el brazo para lanzarme el cuchillo con toda su fuerza. Se colocó de cuclillas, de esa forma tenía asegurado un golpe certero. Esta vez el objetivo era mi pecho. En el momento en el que Carmen lanza el arma blanca me revuelvo hacia la izquierda. Carmen apuñala el suelo de parqué, quedando la punta del cuchillo clavada en la madera. Viendo el fracaso de la puñalada, Carmen saca el cuchillo del suelo y me mira con los ojos llenos de ira. Yo, mientras intento recomponerme, sufriendo un dolor inimaginable, consigo ponerme en pie. Carmen se levanta y, sin mediar palabra, se abalanza sobre mí con el cuchillo en alto, pero consigo parar el brazo que sujetaba el cuchillo antes de que este me atravesara. Retengo el brazo con las dos manos fuertemente. El dolor me recorre todo el cuerpo y noto cómo estoy perdiendo gran cantidad de sangre. Ahora me estoy desangrando con más rapidez. Si esto no termina pronto, mis fuerzas comenzarán a flaquear.

Carmen sigue empujando el cuchillo hacia mí. Cada vez me cuesta más trabajo mantener la punta alejada de mi cara. Con un movimiento rápido, giro sobre mí mismo y me coloco en la espalda de mi mujer. Como ella está descargando todo el peso hacia delante, con un empujón consigo que caiga al suelo. La caída provoca que suelte el cuchillo, que se desliza hasta el mueble del televisor. Aprovecho que ella está en el suelo y corro hacia el cuchillo, y lo recojo del suelo mientras ella se levanta. El jersey se le ha manchado completamente de sangre, y el oso queda totalmente desdibujado, con un perfil macabro.

Tanto Carmen como yo tenemos el pecho agitado. Respiramos con rapidez, y nuestras caras y ropas están llenas de sangre. Ahora dirijo mi mirada hacia ella. Siento una rabia descontrolada, y en mi mano hay un cuchillo manchado de sangre. Esa sangre es mía, pero pronto en el cuchillo habrá sangre de los dos.

Capítulo 8

Serenidad

Hoy no ha parado de llover en todo el día. Estoy sentado junto a la ventana, viendo cómo repiquetean las gotas de lluvia. Al hacer viento de levante, la lluvia no baja verticalmente; el viento hace que la lluvia golpee mi ventana, dibujando líneas casi verticales.

Mi salón está a oscuras, aunque son las cuatro de la tarde. Las nubes tapan prácticamente al sol, y no he encendido las luces. Un ruido desde la cocina me avisa que el agua ya está caliente, así que me levanto para prepararme el té.

Desde que Carmen no está, la casa se ha quedado muy silenciosa. Y no es que ella hablara mucho, pero sí daba buenos gritos y hacía bastante ruido cuando tiraba las cosas por medio. Además, aunque ella nunca me contestaba, yo sí le hablaba bastante.

Han pasado dos meses desde el incidente que tuve con ella. Parece una eternidad desde entonces, mi vida ha cambiado por completo.

Mientras me tomo el té, observo el surco que dejó Carmen al hincar el cuchillo en el suelo. Lo miro a diario, y aunque tengo la casa llena de fotos de los dos —viajando, sonriendo, con amigos—, esa hendidura en el suelo es lo que más me recuerda a ella.

El té está delicioso. En un día tan desapacible como el de hoy siento mejor que nunca. A Carmen no le gustaba el té, prefería el café; yo creo que el té es más puro, más limpio.

Al no estar Carmen tuve que deshacerme de todos mis juguetes, a mi pesar. Es bien cierto que les di un buen último uso el día que Carmen murió, el único día que se me enfrentó. Sabía que era la última vez que los iba a utilizar, así que tenía que darles una buena despedida. Ese día fueron tales los gritos que daba Carmen que gasté un rollo entero de cinta aislante para taponarle la boca. Nunca estuve tanto tiempo haciendo lo que yo quería, pero, como ya he dicho, sería la última vez, tenía que aprovecharlo.

Pensé en cambiarme de casa, pero creo que no es buena idea. Mirar el surco en el parqué que dejó el cuchillo me hace recordar a Carmen, y, sobre todo, me hace recordar ese día.

Tengo ganas de disfrutar de la lluvia. Voy a ponerme un buen

chubasquero y pasearé por el barrio. Hoy me siento especialmente bien.

Capítulo 9

Fin

Hace un frío de perros, el paseo por la lluvia me ha calado los huesos, me he duchado, me he puesto el pijama y estoy tomando la cena viendo la televisión. El vino está exquisito, y que decir de la lasaña de verduras que me he preparado al horno, está deliciosa.

Me preparo la heroína, una medicación que en principio iba destinada a mi mujer al final la he acabado consumiendo yo, me relaja, me hace pensar en mi mujer.

Me he duchado, me he puesto el pijama y estoy tomando la cena viendo la televisión. El vino está exquisito, y qué decir de la lasaña de verduras que me he preparado al horno. Está deliciosa.

Después de la cena me he lavado los dientes y me he preparado para irme a la cama. Como hago todas las noches, he besado una foto de Carmen que tengo colocada en la mesita de noche. «Te quiero, mi amor», le digo sonriendo.

Apago la luz de la lámpara de mi mesita de noche y me acurruco en la cama.

¡Bufff! Hace un frío de justicia. El sonido constante de la lluvia cayendo me relaja. Noto cómo Morfeo me va haciendo caer en un sueño profundo. Cuando casi estaba dormido, el frío se intensifica, rompiendo ese estado entre dormido y despierto. Aprieto las mantas para intentar calentar mi cuerpo, pero siento que me estoy congelando. Es tal el frío, que observo cómo al exhalar aire sale vaho de mi boca. De pronto la lámpara que acababa de apagar comienza a parpadear rápidamente. En ese momento siento una gran angustia por todo mi cuerpo, y tengo incluso la sensación de querer vomitar. Noto que no estoy solo... Seguro que me entendéis: aunque miro a mi alrededor y no veo a nadie en la habitación, siento como si alguien estuviera aquí conmigo. El frío sigue intensificándose, la lámpara parpadea... Espera, estoy escuchando algo, no consigo entenderlo...

La cama está vibrando, es como si hubiera algo debajo dando golpes. Me asomo desde la cama hacia el lado derecho, no hay nada. Me asomo hacia el otro lado, tampoco. Solamente me falta comprobar debajo... Espera... Aparece una cabeza, una cabeza ensangrentada, llena de heridas, una cabeza que me es muy familiar: la cabeza de Carmen.

¡¡NO PUEDE SER!! ¡¡YO LA MATÉ!! ¡¡YO MISMO QUEMÉ SU CUERPO!!

Me habla, con voz tétrica, como atragantada.

—Cariño, ahora es el momento de hacer lo que yo quiera.

Sale un brazo que me atrapa y me lleva debajo de la cama con una fuerza sobrehumana.

La cascara de mi huevo se acababa de romper completamente.

Capítulo 10

Ingreso

—Doctor, tenemos que determinar qué vamos a hacer con el paciente.

El psiquiatra miraba a través de la ventana a un hombre sentado que repetía constantemente «ahora vamos a hacer lo que yo quiera, ahora vamos a hacer lo que yo quiera, ahora vamos a hacer lo que yo quiera» mientras mantenía la mirada perdida. Movía la espalda hacia delante y hacia atrás. Una camisa de fuerza evitaba males mayores.

El psiquiatra, con aire de prepotencia y atusándose un bigote canoso, dijo:

—Es curioso. El señor Martínez finalmente ha conseguido el ingreso en el psiquiátrico que tanto deseaba, pero no para su esposa sino para él.